

## TEORÍA DE LA INDEPENDENCIA

Olmedo Beluche



*“Toda teoría es gris, querido amigo, y verde es el dorado árbol de la vida”*, ha dicho Goethe. Es cierto, ninguna teoría es capaz de abarcar todos los recovecos de la realidad, pero a su vez sin las teorías, tampoco podríamos interactuar con el mundo real. Las teorías, más o menos científicas, más o menos buenas, constituyen la forma en que los humanos captamos, interpretamos y procuramos influir sobre la realidad. Aplicada a la historia, las interpretaciones deben servirnos a ver si aprendemos algo de ella.

### La historia oficial: al servicio de la oligarquía criolla

Donde la crónica degenera en historicismo, es decir, en teleología, en personajes preclaros que actuaron siguiendo un supuesto plan previamente trazado y completamente definido; la sociología, al menos la marxista, debe enfocar las luces y las sombras, las contradicciones no sólo sociales, sino también psicológicas y políticas de los personajes que encabezaban o hablaban por ellas, los diversos momentos, los cambios, las limitaciones históricas, sociales y personales.

Cuando la historia se convierte en instrumento ideológico de la clase dominante, promoviendo el mito y el culto a la

personalidad de sus próceres, mientras se borran de ella actores “incómodos” que introducen grietas en las versiones oficiales; cuando la historia sólo produce estatuas de bronce, pero muertas, rígidas, estáticas; la sociología o la historia social debe rescatar la vida real tal y como fue, con todas sus variantes, sus proyectos en ciernes, los fracasados y los que se impusieron por la fuerza de los hechos.

En América Latina, en general, la historia de la Independencia ha devenido en historicismo al pretender que todos los acontecimientos tuvieron como objetivo la constitución de los actuales estados nacionales tal y como son, y que los mismos son el fruto de un diseño previo de los próceres (abuelos de la oligarquía actual) y que cada acontecimiento fue un paso hacia su constitución.

Nada más falso. La historia humana no es un libro escrito en ninguna parte, jamás lo ha sido, ni antes, ni ahora. Es en todo caso un libro abierto y escribiéndose cada día. Si bien las tendencias etnocéntricas de nuestros cerebros, inducidos por la ideología dominante, pueden producir la ilusión engañosa de que todo lo pasado sucedió para que llegáramos a donde estamos, la realidad es la contraria, estamos donde estamos porque las cosas se dieron de una forma y no de otra.

## Hacia una teoría de la Independencia

¿Qué puede aportar la sociología a la historia de la Independencia hispanoamericana de España que no se haya dicho ya? Una interpretación de los acontecimientos que supere la mera narración cronológica de hechos y personajes a que nos tiene acostumbrado la historiografía oficial. Donde las crónicas sólo ven fechas, acontecimientos y personajes relevantes, la sociología puede ver clases sociales contrapuestas con demandas y proyectos propios, grupos de interés en conflicto.

La Independencia de América fue un proceso revolucionario, y como proceso atravesó diversas fases y momentos, según entraban en escena los diversos sectores sociales que componían el imperio colonial español. Los personajes, que entran y salen de escena, representan sectores sociales y políticos distintos y contrapuestos, no una amalgama uniforme como los pinta la historia oficial. Más aún, siguiendo el esquema clásico de todas las revoluciones, la francesa o la rusa, el proceso se movió bajo el esquema del péndulo, de derecha a izquierda, hasta llegar a su máxima radicalización para luego volver a la derecha y moderarse, pero en una nueva realidad.

A nuestro juicio, hubo cuatro partidos o sectores sociales en pugna: 1. Los realistas a ultranza, en especial los virreyes y generales del ejército que defendían el *status* colonial anterior a 1810 (virreyes como Abascal, oficiales del ejército como Calleja, Sámano, Liniers o Morillo, y la alta jerarquía de la Iglesia católica); 2. La élite criolla, dedicada a la explotación de las haciendas o al comercio, negrera y esclavista, con líderes como Camilo Torres, Jorge Tadeo Lozano, García de Toledo, Rodríguez Domínguez, Belgrano, etc.); 3. La pequeña burguesía radical, ésta sí independentista y republicana en lo político, pero moderada en lo social, como Francisco Miranda, Antonio Nariño, Simón Bolívar, Mariano Moreno; 4. El pueblo explotado, esclavos negros, indígenas marginados, pueblo llano, con líderes que proclamaban no sólo la reforma política sino social: como Carbonell, Hidalgo, Morelos, Beruti, Gutiérrez de Piñeres.

La realidad, que es más rica que cualquier esquema, parió un personaje como Boves en Venezuela, monárquico en lo político pero jefe de la más radical y poderosa revolución social, verdadero equivalente “hispano” del régimen del terror de Robespierre.

La otra evolución interesante es la del propio Simón Bolívar, sin duda la personalidad más completa del período quien, siendo hijo de hacendados criollos esclavistas (mantuanos), participa del proceso desde sus inicios entre los jóvenes radicales de Caracas (la Sociedad Patriótica), para asumir el poder en la crisis 1811 a 1813, caer derrotado por la insurrección llanera y esclava encabezada por Boves, retornar del exilio antillano con el proyecto de la Gran Colombia, apoyándose en moderadas reformas sociales (libertad a los

**La historia humana no es un libro escrito en ninguna parte, jamás lo ha sido, ni antes, ni ahora. Es en todo caso un libro abierto, que se escribe cada día**

esclavos que se sumaran al ejército libertador), liderar la liquidación del régimen colonial en América —1819-1825—, promover premonitoriamente la unidad latinoamericana mediante el Congreso Anfitriónico de Panamá (1826) y, finalmente, salir derrotado por los criollos conservadores de Bogotá en 1830. Sin duda, Bolívar es en muchos sentidos nuestro equivalente de Napoleón.

## El péndulo revolucionario se movió así

**1810**, asume el poder la oligarquía criolla jurando lealtad a Fernando VII. En este año, sólo Hidalgo, en México, tiene la perspectiva clara de la necesidad de la independencia total de España y su monarquía borbónica, en lo político, y una revolución social que liquidara a la esclavitud y devolviera la tierra a las comunidades indígenas.

**1811**, la resistencia de los realistas a las pequeñas reformas produce una reacción que radicaliza el proceso, asumiendo el poder los sectores de la pequeña burguesía radical que, entonces sí, proclaman la independencia de España y establecen las primeras repúblicas.

**1813-19**, se impone la contrarrevolución realista (monárquica) que derrota a la independencia en todos lados, salvo Buenos Aires. Irónicamente, los monárquicos se apoyan en los sectores más explotados, como los indígenas de Popayán que capturan a Nariño, o los negros esclavos y llaneros de Venezuela, que liderados por Boves derrotaron a la república.

**1819-1825**, nuevo ascenso revolucionario catapultado por el incumplimiento de reformas sociales y políticas por parte de la monarquía española, que creyó que podía volver a 1808 como si nada hubiera pasado. Contribuyó al éxito decisivo de la independencia la revolución liberal del general Riego en España, que se negó a enviar más tropas a América e impuso brevemente reformas democráticas a la monarquía. Este hecho no ha sido debidamente ponderado entre los historiadores hispanoamericanos, tal vez para no incomodar al régimen monárquico español actual.

**1826-31**, estancamiento y retroceso del proceso revolucionario, fracaso del proyecto nacional de la pequeña burguesía radical (bolivariano), retoma del poder por los sectores oligárquicos criollos, con su consecuente crisis de los proyectos nacionales originales. En Bogotá se expresó con la victoria de los santanderistas sobre los bolivaristas.

## No hubo un proyecto preconcebido de Independencia

Así como hoy podemos asumir compromisos para tratar de forjar un futuro determinado, pero el resultado final está fuera de nuestro control, porque jamás podremos dominar todos los factores involucrados, en el marco de la lucha de clases nacional y mundial; así en su momento nuestros antepasados enfrentaron la misma situación. La historia es un proceso objetivo y no subjetivo.

Nunca hubo un proyecto preconcebido de Independencia, ni concepción de estados nacionales, ni siquiera en las mentes más lúcidas, como la de Simón Bolívar. Hubo demandas, reivindicaciones, programas (unos reformistas y otros revolucionarios) que fueron cambiando conforme los hechos imponían el camino a seguir. El proceso de Independencia no obedeció jamás a un proyecto preconcebido de constitución de estados nacionales. Estos surgieron después, y no antes de la Independencia. Más aún, su forma definida no quedó clara sino hasta las revoluciones liberales de mitad del siglo XIX. Aunque en la formación de los estados nación hispanoamericanos se fue imponiendo el esquema político administrativo heredado del sistema colonial español, con sus virreinos y capitanías —lo cual ya percibía Simón Bolívar en su Carta de Jamaica (1815)—, las posibilidades al principio fueron múltiples.

Al principio los procesos, expresados en las llamadas actas o proclamas independentistas, fueron más municipales que “nacionales”. En el virreinato de la Nueva Granada, en 1810-12, actuaron por su cuenta ciudades como Caracas, Bogotá y Cartagena, para no mencionar otras, y hubo dos proyectos de estado confrontados, el centralista, encabezado por Nariño, y el federalista, por Camilo Torres. Era la época de la “Patria Boba”. La Gran Colombia sólo expresó por un breve y conflictivo período —1821-1830— la continuidad

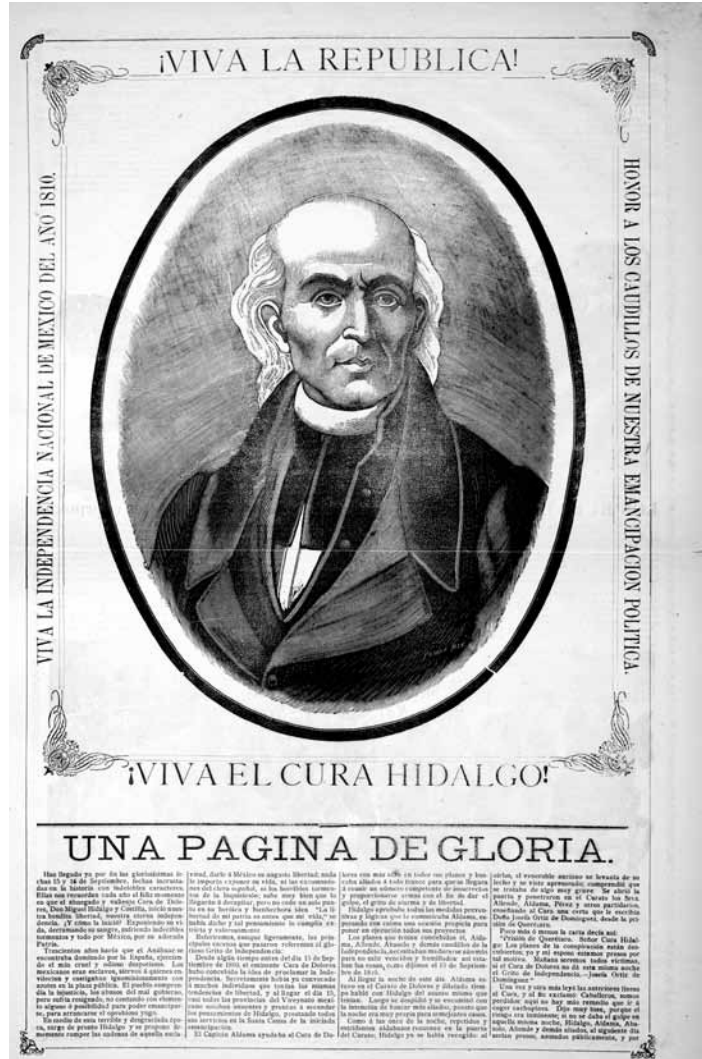
político administrativa de lo que fuera la Nueva Granada, para luego estallar en tres pedazos: Colombia, Ecuador y Venezuela. Inclusive, la Colombia posterior a 1830 seguiría siendo un “estado fallido” o débil hasta 1876, cuando empezó a integrarse el estado nacional moderno en torno a las exportaciones cafeteras con el proyecto de *La Regeneración*, encabezado por Rafael Núñez. Aún en 1903 persistía la débil integración nacional, cuyo principal síntoma se expresó en la secesión de Panamá promovida por Estados Unidos.

En Ecuador, hasta nuestros días ha persistido un proyecto nacional tensionado entre dos polos, Quito y Guayaquil. Ni qué de decir del virreinato peruano, escindido tempranamente en dos estados: Perú y Bolivia; o el virreinato del Río de La Plata, con proyectos distintos entre el interior (las Provincias Unidas) y el puerto de Buenos Aires, del que sólo surgiría la Argentina actual en la segunda mitad del siglo XIX; igual podría decirse de la capitanía general de Guatemala, brevemente anexada a México (Nueva España) tras la independencia, para intentar una federación centroamericana independiente que finalmente reventó en cinco pequeños estados. En fin, los hechos demuestran que no hubo

proyectos nacionales preconcebidos antes de la independencia y que, más bien, los estados nacionales actuales son producto de una evolución posterior.

## La Independencia, un proceso complejo de factores exógenos y endógenos

Entonces, ¿por qué se produjo ese conjunto de sucesos que hoy llamamos Independencia? El análisis debe considerar dos niveles de factores importantes: los externos (o internacionales) y los internos (que incluyen los del sistema colonial de conjunto, la crisis política de la monarquía borbónica en España y los factores sociales propios de las colonias americanas).



Entre los factores externos decisivos, el más general e influyente es el surgimiento del moderno sistema capitalista industrial, que tenía a Inglaterra como su vanguardia mundial. Desde fines del siglo XVII y a lo largo del XVIII, el sistema colonial español fue perdiendo espacio frente a la creciente invasión de manufacturas inglesas, así como control del espacio marítimo, lo cual se expresó no sólo comercial sino militarmente.

La monarquía borbónica española intentó mediante diversas medidas cerrar la brecha creciente con el pujante capitalismo inglés, procuró fomentar la producción manufacturera y controlar el mercado interno del imperio colonial cerrándolo a las exportaciones inglesas. Pero, en la medida en que no hubo una verdadera revolución social que se deshiciera del aparato parasitario de la monarquía, cada medida tomada sólo sirvió para quitar derechos a algunos sectores sociales, en especial de este lado del mar, contribuyendo a la crisis creciente del régimen.

En ese sentido, las reformas políticas y tributarias de Carlos III, mediante las que pretendía financiar sus grandes proyectos y sostener las guerras que debían sostener su imperio, sólo sirvieron para fomentar las primeras revoluciones pre independentistas: la insurrección de los pueblos indígenas del Paraguay en defensa de las misiones de los jesuitas (1754-67); la insurrección popular indígena del Perú liderada por Tupac Amaru (1780); la revolución de los comuneros en la Nueva Granada (1781); incluso una revolución popular en Madrid (1776).

La derrota española en Trafalgar (1805), permitió a los ingleses consolidar su predominio marítimo y sus posteriores invasiones, aunque fallidas, al río de La Plata (1806 y 1807), así como jugar por un momento a disputar el control político sobre Hispanoamérica a través de la reina Carlota, mujer del rey portugués instalado en Brasil a raíz de la invasión napoleónica.

Otro factor externo de mucha importancia es el segundo polo de modernización capitalista del mundo de entonces: Francia, a partir de la revolución de 1789 y del régimen de Napoleón Bonaparte. Pese a la liquidación de los borbones franceses por la Revolución, los borbones españoles siguieron jugando a aliados y luego a peones de Francia en su confrontación creciente con Inglaterra. En 1807, Napoleón invade Portugal a través de España con la anuencia de la monarquía española, con lo cual queda expuesta su debilidad política y militar, que lleva al emperador francés a la conclusión de que podía tomar militarmente España y sentar en el trono a su hermano José, como efectivamente hizo en 1808-1809. Facilitaría los planes de Napoleón la lucha por la sucesión dinástica entre Carlos IV y su hijo Fernando VII, lo que le permitió llevarlos a ambos al otro lado de los Pirineos, hacerlos prisioneros y obligarlos a abdicar a ambos. Es este hecho, la invasión napoleónica a España y la imposición de José Bonaparte como rey (junio de 1809), lo que va a desatar el proceso independentista, pero de

afirmación autonómica frente a la invasión francesa, no frente a la monarquía española presa en Bayona.

Por eso, lejos de lo que afirma la historia oficial y los actos conmemorativos de 2010, en 1810 no se proclamó ninguna independencia frente a España (salvo Hidalgo en México), todo lo contrario, las actas de ese año salidas de los cabildos proclaman su lealtad al Borbón español preso en Francia, Fernando VII.

## **Las Actas de 1810: independencia frente a Napoleón y sumisión a Fernando VII**

Entonces, la lucha por la independencia en 1809 y 1810, tanto en España como en Hispanoamérica es una lucha contra la ocupación francesa, no por la autonomía contra España. De ahí los juramentos de lealtad a Fernando VII de las actas de 1810, de ahí su reconocimiento a la Junta de Sevilla y al posterior Consejo de Regencia. Es más, en 1810 el proceso empieza con una proclama del Consejo de Regencia (enero) que, reconociendo su incapacidad para gobernar desde el bastión que le quedaba en Cádiz, protegido por los ingleses, llama a los Cabildos y Virreyes a proclamar Juntas de Gobierno que asuman el control en cada región: Caracas (abril), Buenos Aires (mayo), Bogotá (julio), Grito de Dolores en México (septiembre).

El real cambio político de las Juntas de 1810 y de la referida proclama del Consejo de Regencia es que, por primera vez en la historia colonial española, se otorga a la clase económicamente gobernante de las colonias, los criollos, derechos políticos iguales que a los peninsulares, pero bajo el paraguas político del régimen monárquico de Fernando VII, por lo menos en lo formal. Según el historiador colombiano Liévano Aguirre, la burguesía hispanoamericana, la casta de los criollos, no actuó inspirada en los ideales de la Revolución Francesa, sino todo lo contrario, actuó por temor a que la monarquía de José Bonaparte insembrara el virus francés de la “libertad” y la “igualdad” entre los explotados de América. La élite criolla instala sus Juntas y proclama sus Actas para evitar una revolución, no para hacerla. Eso es lo que oculta la historia oficial y no se dice. Al respecto cita profusamente al criollo más destacado de la Nueva Granada, Camilo Torres.

La burguesía criolla era tan medrosa que, al momento de conocerse la proclama del Consejo de Regencia, busca un acuerdo con los virreyes para que les incorpore a la toma de decisiones mediante Juntas en que compartan el poder. En general, la actitud de los virreyes y la alta oficialidad fue la de ocultar el documento y, cuando se conoció, evitar cualquier reforma política.

El temor del criollismo de enfrentar al poder colonial, que se negaba a un pacto por las buenas, estuvo a punto de hacer fracasar el asunto. Y, en todos los casos, fueron sectores radicalizados del pueblo quienes se movilizaron para imponer por la vía de la fuerza el derrocamiento de los virreyes,

# Lejos de lo que afirma la historia oficial y los actos conmemorativos de 2010, en 1810 no se proclamó ninguna independencia frente a España, salvo en México por Miguel Hidalgo

imponer las Juntas y cambiar la situación política. Este papel lo jugaron Beruti en Buenos Aires y Carbonell en Bogotá.

Como en todas las revoluciones, en el primer momento, pese a ser el actor decisivo en los hechos, el pueblo no tomó el poder a través de los tribunos o sectores radicalizados de la pequeña burguesía, baja oficialidad o profesionales como abogados y médicos, sino que lo entregó a los “notables” de la oligarquía local. La resistencia de la elite criolla a introducir reformas radicales permitió rearticularse a los sectores más retrógrados del ejército, apoyados convenientemente por los virreyes de Perú y México, donde no perdieron el control. La única excepción fue en el Virreinato del Río de La Plata, donde la Primera Junta, inspirada por Mariano Moreno, ordenó a tiempo el fusilamiento del realista Liniers.

De todas las proclamas de 1810, la única que contenía un claro grito de Independencia es la que salió de los sectores más explotados de la sociedad colonial, los indígenas, y su vocero fue Miguel Hidalgo, quien, desde Guadalajara, México, decía en diciembre de 1810: *“Rompamos, americanos, esos lazos de ignominia con que nos han tenido ligados tanto tiempo: para conseguirlo no necesitamos sino de unirnos...”*; y seguidamente decretaba la entrega de las tierras de arriendo a los indígenas y el fin de la esclavitud: *“Que todos los dueños de esclavos deberán darles libertad dentro del término de diez días, so pena de muerte...”*

En las proclamas emancipadoras de Morelos, poco después, se observa la confluencia de las ideas propias de lo que sería la clase media ilustrada con las demandas del pueblo, con el que el prócer mexicano había tenido estrecho contacto desde sus años de arriero en los caminos del sur. Sus propuestas no se limitaban a reivindicaciones políticas, sino que incluían medidas tendientes a un orden de igualdad y justicia social fundado en la abolición de privilegios, la proscripción de la esclavitud, la protección de los trabajadores y la propiedad de los campesinos sobre la tierra, medidas todas ellas que son recogidas en *Los sentimientos de la nación* (1814).

## Revolución y contrarrevolución en la Independencia

A fines de 1810 y principios de 1811 hay una contraofensiva de los militares realistas hacia las ciudades y regiones

controladas por las nuevas juntas, lo que genera la necesidad de defenderse, movilizar al pueblo y crear un nuevo ejército. Es en este punto donde los sectores radicales de la pequeña burguesía asumen la defensa y luego el control político, desplazando a la oligarquía medrosa. En esta coyuntura, 1811, asumen el poder Nariño en Bogotá, apoyado por las huestes de Carbonell; Francisco de Miranda, Simón Bolívar, Ribas y otros en Caracas; los Gutiérrez de Piñeres en Cartagena. Lo más interesante de esta fase es que los realistas, a falta de base social y refuerzos peninsulares, recurrieron a los sectores más explotados del pueblo, azuzándolos contra los criollos, sus explotadores directos, y presentando a la monarquía como su protectora.

En la Nueva Granada la contraofensiva monárquica empieza a inicios de 1811, en la Guayana, al occidente de Venezuela, y por el sur de Colombia, en Popayán. Esto lleva a que los sectores radicales de la pequeña burguesía (nuestros “jacobinos”) se alcen frente a la ineptitud e inconsecuencia de la élite criolla conservadora.

En Caracas, los jóvenes agrupados en la Sociedad Patriótica, encabezada por Francisco de Miranda, Simón Bolívar y José Félix Ribas asumen el poder y proclaman la primera república el 5 de julio de 1811. En Bogotá sucede otro tanto, cuando los sectores radicales dirigidos por Antonio Nariño y José M. Carbonell irrumpen en el Palacio de los Virreyes y deponen a José Tadeo Lozano, el 9 de septiembre. En Cartagena, se insurrecciona el barrio popular de Getsemaní y el Regimiento de Lanceros, dirigidos por Joaquín Villamil y Gabriel García de Piñeres, quienes deponen y arrestan al aristócrata García de Toledo, el día 11 de noviembre de 1811.

Estas insurrecciones populares de 1811, y no las de 1810, son las que marcan el acto de verdadera independencia y el establecimiento de los primeros gobiernos verdaderamente republicanos. Pero su duración sería efímera por dos motivos: a lo interno, los sectores conservadores criollos no serían completamente derrotados y mantendrían una especie de dualidad de poder que debilitaría su accionar (la patria boba); y a lo externo, empezaba la crisis del régimen de Napoleón, luego del fracaso de la invasión a Rusia, con lo cual se abriría el camino de la restauración de Fernando VII en el trono de España.

Entre 1811 y 1814, el conflicto más dramático se escenificará en Venezuela, con diversos momentos: fracaso de Miranda, que cede la capital al general realista Monteverde ante el temor a una insurrección de esclavos; luego la Campaña Admirable y el decreto de Guerra a Muerte de Bolívar, que le permite derrotar a Monteverde y retomar Caracas; finalmente, una insurrección de llaneros y esclavos dirigida por José Tomás Boves, en nombre del Rey español, destruiría a la República y terminaría derrotando a Bolívar.

En Colombia, Antonio Nariño, luego de brillantes victorias políticas y militares, terminaría apresado y derrotado por una combinación de traición de la oficialidad aliada a los criollos

conservadores y un ejército de indígenas de Popayán al servicio de generales monárquicos.

La restauración en el trono de Fernando VII permitió el envío de un ejército poderoso encabezado por el general Morillo, que debía restaurar el orden político anterior a 1809-10. Originalmente su destino era el sur, Buenos Aires, pero ante las noticias de la revolución popular esclava de Boves en Venezuela, aunque fuera en nombre del Rey, se le encomendó controlar la Nueva Granada, lo cual hizo a sangre y fuego, pagando con su vida incluso los moderados del criollismo, como el propio Camilo Torres.

Es imposible resumir en estas pocas páginas la cantidad de hechos que prueban los vaivenes del proceso revolucionario, las confrontaciones de clase, de lo que llamamos genéricamente la Independencia. Pero baste decir que este proceso, la Independencia, sólo se consolidará a partir de 1819-21, cuando se combinan tres elementos decisivos:

Intento de la monarquía de sostener un régimen represivo para volver al punto muerto previo a la crisis, sin ceder la reforma política anhelada por los criollos, que les permitiera su participación en la administración pública; y la negación de las demandas sociales del pueblo explotado, como el final de la esclavitud y la tierra para los pueblos originarios.

La integración de ambas demandas, políticas y sociales, en un solo programa revolucionario, que logra Simón Bolívar gracias a sus reflexiones alcanzadas en su exilio antillano, y que se expresan militarmente en la integración a su ejército del mulato Piar y el llanero Páez.

La revolución liberal de los generales Riego y Quiroga en España, quienes debían encabezar un ejército de 22,000 soldados para terminar de aplastar a los independentistas republicanos en Hispanoamérica, pero que se insurreccionan restaurando la Constitución de Cádiz de 1812, es decir, restableciendo una monarquía constitucional. Este hecho facilita, sin duda alguna, la victoria de Bolívar en Carabobo y la proclamación de la Gran Colombia.

Aunque Fernando VII recobra plenamente el poder en 1825, apoyado por una invasión francesa y la reaccionaria Santa Alianza, ya era muy tarde, pues ese año las victorias militares de Bolívar y Sucre en Perú y Bolivia habían consolidado la Independencia y las repúblicas en el sur del continente. Además, en el plano internacional, tanto Inglaterra como Estados Unidos (“*América para los americanos*”) impusieron su peso a favor de las nuevas naciones.

En la última fase del proceso —1825-31—, la lucha política se dirimirá entre sectores políticos radicales y conservadores criollos. En la Nueva Granada, entre santanderistas y bolivaristas; en el Río de La Plata, entre las Provincias Unidas y los comerciantes y ganaderos de Buenos Aires. En México, después de la efímera aventura del imperio de Iturbide, entre federalistas y centralistas. ☒



**Olmedo Beluche.** Sociólogo panameño, profesor de la Universidad de Panamá. Colaborador de varios periódicos y revistas. Ha publicado los siguientes libros: *La verdad sobre la invasión* (1990), sobre la invasión estadounidense a Panamá de 1989; *Diccionario de sociología marxista* (1993), *Pobreza y neoliberalismo en Panamá* (1997), y *La verdadera historia de la separación de 1903* (2003), sobre la separación de Panamá de Colombia.